

CONCLUSIÓN

Con el favor de Dios, obtenido mediante la intercesión de Nuestra Señora del Rosario, el orden del Colegio no ha sufrido ninguna perturbación, y la conducta de los alumnos ha dejado satisfechos a los superiores y catedráticos.

A todos ellos, y en especial al señor Vicerrector, doctor Jenaro Jiménez, tributo con este motivo un nuevo testimonio de aprecio y agradecimiento.

Hago extensivos estos sentimientos al Excelentísimo señor Patrono del Colegio y a V. S., de quienes hemos recibido delicadas atenciones y servicios.

Dios guarde a V. S.,

R. M. CARRASQUILLA

LA FILOSOFIA DE ANAXIMANDRO

Anaximandro de Mileto era compañero o discípulo de Tales. Nació hacia el año de 610 antes de Jesucristo. Nada se sabe de su vida, pero supone Zeller que tenía mucha influencia en Mileto. Se aplicó al estudio de la geografía y de la astronomía, y se le atribuyen varias invenciones, entre las cuales descuellta la del reloj solar. La obra que escribió y que se supone fue la primera obra filosófica escrita en Grecia tenía el título de *περὶ φύσεως*, el cual probablemente no le fue dado sino después de la muerte del autor. Muy pronto llegó a ser raro el volumen, y Simplicio (1) se vio en la imposibilidad de conseguirlo.

De la obra de Anaximandro, nos quedan tan sólo dos fragmentos, citados el uno en la «Física» de Aris-

(1) Simplicio, filósofo griego, nacido en Cilicia. Vivía en el siglo sexto después de J. C. Enseñó en Atenas y escribió comentarios sobre diversos tratados de Aristóteles.

tóteles, y el otro en el volumen *Simplicii in Aristotelis physicorum libros quattuor priores*, publicado por Diels en Berlín, en el año de 1882.

Hé aquí el texto de los dos fragmentos:

I. *Simpl. Phys. 6 r.* (24, 19). «Se cree generalmente que la frase que sigue es de Anaximandro: κατά τὸ χρεών διδόναι γάρ αὐτὰ ἀλλήλοις τίσιν καὶ δίκην τῆς ἀδικίας.» (por necesidad; pues dice que sufren el debido castigo y dan satisfacción uno a otro por la injusticia).

II. *Aristotelis. Fisica*, III, 4. «Las palabras ἀθάνατος γὰρ καὶ ἀνώλεθρος (inmortal e indestructible), y estas otras περιέχειν ἄπαντα καὶ πάντα κυβερνᾶν (rodearlo y gobernarlo todo) se atribuyen a Anaximandro.»

¿Cuál es esta cosa inmortal e indestructible que lo rodea y lo gobierna todo? No es, según Anaximandro, ninguna cosa material y finita; no es la tierra de los antiguos, no es el agua de Tales; es el infinito, τὸ ἄπειρον. De este infinito se separan uno tras otros los varios elementos, el frío y el calor, lo seco y lo húmedo, y llegan a juntarse de este modo los elementos de naturaleza semejante. Y el tal movimiento no cesa nunca; y se condensa el aire, e innumerables mundos, divinidades celestes, aparecen en la inmensidad; en medio de las cuales descuelga nuestra tierra, cilíndrica e inmóvil, pues está igualmente distante de todos los puntos de la esfera celeste. Los seres vivientes fueron engendrados por la acción del calor, y las especies de naturaleza superior nacieron de las inferiores por un proceso de lenta evolución. Los mamíferos existieron en primer lugar en forma de peces. La especie humana también fue engendrada por evolución de las especies inferiores.

Mucho se ha escrito y disputado sobre la naturaleza del ἄπειρον de Anaximandro. Los hay que piensan que debe entenderse en el sentido de una mezcla

de todas las substancias elementales; y, en prueba de tal aserción, aducen varios pasajes de Aristóteles. Citan, por ejemplo, un pasaje de la «Metafísica,» en que habla Aristóteles de cierta mezcla de elementos que atribuye a Anaximandro «καὶ τοῦτ ἔστι τὸ Ἀαξαγόρου ἐν.... καὶ Ἐμπεδοκλέους τὸ μῆγμα καὶ Ἀναξιμάνδρου» (1).

Otros, al contrario, sostienen que el «ἄπειρον» de Anaximandro no es nada material. No es una mezcla de todos los elementos; ni es tampoco, como lo han creído algunos, algo intermediario entre el agua y el aire. Es un principio simple y cualitativamente indeterminado que contiene tan sólo potencialmente los elementos del mundo material. Se basan éstos sobre un pasaje de Teofrasto, citado por Simplicio (Arist. Phys., fol. 33) en el que afirma que si se concibe la mezcla de Anaxágoras como una substancia indeterminada, es entonces idéntica con el ἄπειρον de Anaximandro: «εἰ δὲ τις τὴν μῆτιν τῶν ἀπάντων ὑπολάβοι μίαν εἶναι φύσιν ἀόριστον καὶ κατ' εἶδος καὶ κατὰ μέγεθος, φαίνεται τὰ σωματικὰ στοιχεῖα παραπλησίως ποιῶν Ἀναξιμάνδρῳ.»

La mayor parte de los historiadores modernos de la filosofía se inclinan hacia la segunda teoría. Y tienen razón sin duda. Puede confirmarse esta teoría con la autoridad del mismo Aristóteles quien, en varios pasajes, saluda a Anaximandro como el precursor de la teoría de la materia prima. Hay más aún. Si se establece en su entereza el pasaje que hemos truncado en la obra de Ueberweg, no milita en nada contra la opinión de los historiadores modernos y parece aun confirmarla. Así habla Aristóteles:

«Puede afirmarse que todas las cosas vienen del sér, pero no del sér en acto, sino del sér en potencia. Esto es lo que significa la unidad de Anaxágoras; y es la mejor interpretación de su axioma, que todo estaba

(1) Citado por Ueberweg, *History of Philosophy*, vol I, p. 36.

confundido. Hé aquí lo que significa la mezcla de Empédocles y de Anaximandro; o, como lo dice Demócrito: Todo estaba confundido en potencia, pero no en acto.» οὗ ὄντος γίγνεται πάντα, δυνάμει μέντοι ὄντος, ἐκ μή ὄντος δέ ἐνεργεία καὶ τοῦτ' ἐστὶ τὸ Ἀναξαγόρων ἐν (βέλτιον γὰρ η̄ διμοῦ πάντα) καὶ Εμπεδοκλέους τὸ μῆγμα καὶ Ἀναξιμάνδρου, καὶ .ώς Δημόκριτός σησιν, ην διμοῦ πάντα, δυνάμει, ἐνεργεία δ' οὐ» (1).

Los que han seguido los cursos de historia de la filosofía dados en nuestras universidades, y que se han familiarizado con el viejo trío jónico, se vuelven perplejos al pasar al estudio directo de la Metafísica aristotélica. En esa admirable historia de la filosofía que constituye el primer libro de la Metafísica del maestro, estudia también Aristóteles la vieja escuela jónica. Pero mientras los libros de texto nos dan invariablemente como inseparables los nombres de Tales, Anaximandro y Anaximenes, Aristóteles, al contrario, empieza con Tales, pasa luégo a Anaximenes sin mencionar, siquiera el nombre de Anaximandro, y llega en seguida a Empédocles y a Anaxágoras. No es que Aristóteles ignore a Anaximandro ni que deje de reconocer su importancia, pues habla de él detenidamente en tantos otros pasajes de su obra.

Pero la fuerza de las cosas lo obliga a reconocer lo que tenemos que reconocer nosotros también, esto es, que Anaximandro, colocado entre los dos físicos Tales y Anaximenes, es como un anacronismo. Mientras estos últimos consideran tan sólo el aspecto material de las cosas, vuelve Anaximandro los ojos hacia un principio que no es fuego ni aire, que el ojo no puede ver ni las manos palpar, que el espíritu tan sólo puede concebir, elevándose por encima de los fenómenos materiales.

(1) Aristot., Metaphys, XII. 2

Y por esto Aristóteles, describiéndonos en su Metafísica la evolución del entendimiento humano de lo material a lo espiritual, pasa por alto la obra de Anaximandro. Ni hay que censurarle por esto, ni tachar de ilegítimo su procedimiento. Mucho más cerca de nosotros, un eminente escritor francés, Ferdinand Brunetière, haciendo asistir, en una de sus obras maestras, a la evolución de la literatura francesa en el curso de los siglos, pasa por alto varios nombres ilustres, algunos de los cuales pertenecen a los más eminentes escritores que ha producido Francia. Bástenos citar a Madame de Sevigné. Y si Brunetière no dice una palabra de la eminent escritora, es porque las cartas de la señora de Sevigné fueron publicadas tan sólo en el año de 1734, y por esto no tuvieron influencia sensible en la evolución de la literatura francesa. Del mismo modo Aristóteles, describiéndonos el nacimiento de la filosofía griega, después de mencionar a Tales, que afirma que todo es agua, pasa naturalmente a Anaximenes que afirma que todo es aire, luégo a Heráclito que afirma que todo es fuego; por fin a Empédocles y a su doctrina de los cuatro elementos.

Anaximandro fue por consiguiente el primero que en la historia del pensamiento humano, supo elevarse de los datos materiales que nos ofrecen los sentidos a algo que los sobrepuja. Fue el primero que se atrevió a aducir un principio inmaterial para explicar la materia. Reconoció sin duda que el mundo material existía; admitió los mismos elementos que sus contemporáneos, la tierra, el agua, el aire; pero no juzgó a ninguno de ellos digno de ser llamado infinito. Reconoció la oposición y la lucha que existen entre las cosas de este mundo, entre el aire frío y el calor del fuego; entre la tierra sólida y la humedad del agua. Pensó que el predominio de uno de estos elementos sería una injusticia

para con los otros. Y concibió el infinito, al ἄτειον, como a una substancia que no es ninguno de los elementos, sino algo primitivo, de lo cual se separan uno tras otro, y a lo cual a la postre volverán.

La teoría de Anaximandro adquiere una importancia especial si fijamos los ojos en los siglos posteriores, y consideramos el papel que estaba destinada a desempeñar en la historia del pensamiento humano. Este mismo principio inmaterial que no cae bajo los sentidos, y que sin ser ninguno de los cuerpos que nos rodean, es necesario para explicarlos todos, constituye uno de los principios fundamentales de la filosofía aristotélica. Es este mismo ἄτειον que bajo el nombre de materia prima, constituye el principio material de todas las cosas, y, actuado por la forma substancial, llega a formar todos los seres. Entre los herederos de Anaximandro tenemos pues que saludar no solamente a Aristóteles, sino a Santo Tomás de Aquino y a todos los filósofos medioeves, a Duns Escoto, a San Anselmo, a San Buenaventura; a la Santidad de León XIII y a los neoescolásticos modernos. Hace ya veinte y cinco siglos que salió ese sol en las riberas del Asia Menor, y hoy con mayor claridad que nunca sigue alumbrando al mundo.

Existe otro heredero de Anaximandro que no debemos pasar por alto, pues ejerce hoy día en el mundo científico una influencia que, por el bien o el mal de la humanidad, no parece destinada a desaparecer. Ya hemos mencionado el modo como explica Anaximandro la regeneración de los seres vivientes. Según él, las especies que constituyen el reino animal han sido engendradas por un proceso de evolución. Han existido en primer lugar las especies inferiores y poco a poco se han mejorado y han conquistado una naturaleza superior. Los peces han engendrado a los mamíferos, los mamíferos al hombre.

En filosofía, nos dice Lévy-Brühl, no hay nada nuevo., «*tout est dit.*» No han formulado ningún problema los modernos, no han descubierto ninguna solución que no hubiesen presentido los antiguos, y aun claramente indicado. En la vieja ciudad de Mileto, de la cual hoy día existen apenas ruinas, en esa costa lidia que ha visto pasar tántos conquistadores y desaparecer tántos imperios, veinticinco siglos antes de Darwin, se formuló con bastante exactitud una teoría que nuestros hombres de ciencia consideran hoy con orgullo como una de las grandes conquistas del espíritu moderno.

En algunos pasajes de Teofrasto, se nos da una idea bastante clara del modo como imaginaba Anaximandro la evolución de las especies animales. Hé aquí los más importantes:

«Los seres vivientes nacieron del elemento húmedo evaporado por el sol. El hombre, como cualquier otro animal, se hallaba en primer lugar, en forma de pez.»

«Los primeros animales fueron producidos por la humedad, teniendo cada uno de ellos una corteza espinosa. Al avanzar en edad, se trasladaron a la parte seca del mundo. Al romperse la cubierta que los cubría, sobrevivieron por algún tiempo.»

«Dice además que el hombre nació originalmente de animales de otras especies. Prueba de lo cual es el hecho de que, mientras los demás animales rápidamente hallan nutriente, el hombre sólo necesita largos períodos de tiempo para poder nutrirse a sí mismo. Por consiguiente, si se hubiese hallado siempre en el mismo estado que ahora, no habría sobrevivido» (1).

Algunos darwinistas modernos rehusan obstinadamente el reconocer en Anaximandro a un precursor de Darwin, y, negando todo valor científico a la teoría del célebre meleto, no quieren ver nada en sus observaciones sino los restos de una decrepita mitología.

(1) Citado por Burnet, Early Greek Philosophy, p. 72-73.

Si se leen atentamente los pocos pasajes de Anaximandro que han escapado la mano destructora de los siglos, se echa de ver, sin embargo, que tuvo una idea bastante exacta de la selección natural y de la lucha por la vida, que concibió, en una palabra, todos los principios fundamentales de la teoría de Darwin.

* * *

Tales, Anaximandro y Anaximenes son los tres hombres de genio que, en el siglo sexto antes de Jesucristo, hicieron resplandecer con tanto brillo la vieja ciudad de Mileto. Fueron los que echaron los fundamentos de la filosofía entre los griegos. La semilla que echaron no tardó en fructificar y llegó pronto a ser un árbol gigantesco cuyos ramos llegaron hasta las más remotas comarcas del mundo.

Nueva York, marzo de 1917.

JOSE LUIS PERRIER

PLEGARIA RUSTICA

*Al Sr. Dr. D.
José Joaquín Casas.*

Mamá linda: yo vengo a rogarte
 con tus mis alientos,
 que calmés las terribles angustias
 que juriosas me rompen mi pecho,
 porque a punta de tantas tristezas
 ya toy que no puedo!

Mirá, virgencita: ya va pa tres meses
 que ni un ramalazo nos botan los cielos,
 y tan pa perderse las cargas de trigo
 que sembré por la cuesta del cerro,
 y tan flacos mis probes güeicitos
 que se puede contarles los güesos!